

## Las traducciones de *Macbeth* al castellano

Ricardo Silva-Santisteban

*Academia Peruana de la Lengua*

Luego del cierre de los teatros en Inglaterra en 1640, los dramas de William Shakespeare retornaron a la escena después de la Restauración debidamente adaptados en versiones escritas en versos pareados según la poética de carácter más formal imperante en la época.

En el caso de su difusión en castellano debe mencionarse que las obras dramáticas de William Shakespeare llegaron al castellano a través de las adaptaciones realizadas por el escritor neoclásico francés Jean François Ducis (1733-1816), adaptador que desconocía el idioma inglés. Es decir, arribó a las orillas de nuestra lengua con la vestimenta del neoclasicismo francés.

Una de las tragedias más famosas del dramaturgo inglés, *Hamlet*, fue vertida en prosa en forma directa del original inglés por vez primera por Leandro Fernández de Moratín, bajo el seudónimo de Inarco Celenio en 1798.<sup>1</sup> Si un dramaturgo como Leandro Fernández de Moratín solucionó el problema de la traducción mediante el uso de la prosa para su versión de *Hamlet*, es evidente que la búsqueda del verso más conveniente para trasladar los de Shakespeare no parece haber preocupado a los primeros traductores y adaptadores españoles que recurrieron a los usos más frecuentes de su propio entorno. Sencillamente, utilizaron tanto el endecasílabo así como el romance octosílabo de uso general en el teatro español desde el Siglo de Oro.

Hasta el presente, creo que el dilema para traducir el verso de los dramas de Shakespeare no ha sido respondido teóricamente. Solo existe la práctica de los distintos traductores. Algunas de las preguntas que se formula un lector castellano son: ¿Qué metro utilizar para verter los pentámetros yámbicos shakesperianos? ¿Es posible adaptar esta métrica acentual en nuestros versos de carácter silábico? Los poetas y dramaturgos, en una mayoría aplastante, han respondido en forma práctica utilizando el verso endecasílabo. Sin embargo, aún queda abierta la pregunta si esta es la mejor forma de hacerlo. ¿Cuál es el metro más propicio para trasladar los versos acentuales ingleses a los silábicos de la lengua castellana? ¿Está capacitada nuestra lengua para

---

<sup>1</sup> *Hamlet. Tragedia de Guillermo Shakespeare*. Traducida e ilustrada con la vida del autor y notas críticas por Inarco Celenio P. A. Madrid, en la Oficina de Villalpando, MDCCXXXVIII.

el uso de los versos acentuales en escena? Últimamente, se ha hecho un uso frecuente para el traslado del verso shakesperiano al verso alejandrino.

Yo no voy ahora a responder dichas preguntas todavía no resueltas para mí. En este trabajo solo pretendo analizar la labor que, respecto de *The Tragedy of Macbeth*, han realizado los poetas, dramaturgos y traductores castellanos de ambos mundos.

Las primeras versiones de *La tragedia de Macbeth* se adaptaron, repito, de las versiones de Ducis, y la primera versión castellana del inglés de *The Tragedy of Macbeth* fue realizada tardíamente por el escritor y gramático español José García de Villalta (1801-1846) en 1838. Esta traducción, de regular calidad literaria, se realizó utilizando varios metros de once, ocho y dieciséis sílabas y, por momentos, conjuntos de endecasílabos y octosílabos. La tarea de adaptar los versos originales a la vestimenta española, como la de José García Villalta, ha quedado desprestigiada por su limitación y provincianismo. Hay que decir en su favor, sin embargo, que el uso de una métrica variada se trataba de una práctica común de la época cuyos rezagos duraron hasta bastante más allá de la primera mitad del siglo diecinueve. Estimo que la falta de principios coherentes para verter al castellano textos ingleses, la falta de dedicación y un defectuoso acercamiento a los originales motivó la carencia de buenas traducciones realizadas del inglés durante el siglo diecinueve español e hispanoamericano. Me parece que son muy pocas las traducciones bien hechas que se salvan.<sup>2</sup>

Como no considero en este apartado las traducciones en prosa como tampoco las paráfrasis ni las interlineales, formas inadecuadas, pienso yo, de traducir el verso,<sup>3</sup> deben de contarse más de cuarenta años hasta la publicación de una nueva traducción en verso de la tragedia, en 1880. Esta fue vertida por Guillermo Macpherson (1824-1898), un escritor español nacido en Cádiz que tradujo veintitrés de los dramas de Shakespeare entre 1873 y 1882 y que, a falta de otras versiones y por habérsela incluido en la Biblioteca Clásica, gozó de una gran circulación en el mundo de habla hispánica. Las traducciones de Macpherson, como muy bien afirma Pedro Henríquez Ureña, son «fieles y correctas» pero, por desgracia, se encuentran compuestas por versos muy duros que tornan desagradable su lectura y constituyen el peor acercamiento que puede darse a la obra de Shakespeare. Léase el primer soliloquio de Lady Macbeth (Acto I, escena v):

---

<sup>2</sup> Quizá podemos citar la versión de la mascarada *Comus* de John Milton de H. L. de Vedia y los *Poemas dramáticos* de Lord Byron de José Alcalá-Galiano.

<sup>3</sup> Por ejemplo, el poeta español León Felipe realizó una paráfrasis titulada *Macbeth o el asesino del sueño* (México, 1954) reproducida en sus obras completas y, últimamente, por Visor en Madrid. Como muy bien comenta Luis Cernuda: «Al leer las traducciones o adaptaciones que de Shakespeare hace León Felipe, nuestra sorpresa dolorosa acaso sea igual a la de Don Quijote al ver transformada a Dulcinea en labradora manchega».

Su graznido al cuervo  
enronquece, de Duncan anunciando  
la llegada fatal a mi castillo.  
¡Oh del pensar espíritus motores!  
Llegad vosotros y anulad mi sexo.  
Llenadme de los pies a la cabeza,  
con colmo, de crueldad inextinguible,  
y mi sangre espesad. Cerrad el paso  
a los remordimientos, que no lleguen  
ni escrúpulos ni lástimas mundanas  
a turbar mi propósito siniestro,  
ni entre él y el golpe interponerse puedan.  
Acudid, y en mis pechos maternos  
trocad la leche en hiel, genios del crimen,  
doquiera que incorpóreos en esencia  
móviles sois de la maldad humana.  
Ven, noche oscura, y al tender tu palio,  
roba al infierno su humareda espesa,  
y ver no pueda mi fatal cuchilla  
la herida que ha de hacer, ni el cielo aparte  
para acechar el manto denegrado,  
y «Deténte, deténte», vocifere.

El siguiente es el primer soliloquio de Macbeth (Acto I escena vii):

¡Si hecho quedara con hacerse!... ¡Pase!  
¡Se hiciera pronto! ¡Si, al clavar el hierro,  
el paso se cerrase a las resultas,  
y el éxito, cesando, se lograra!  
¡Fuera este golpe el todo, el fin de todo!  
De aquí, de estos escollos, de cabeza  
me arrojara en el mar de nueva vida.  
Mas la razón nos queda en casos tales.  
Intransigentes máximas se enseñan  
que, aprendidas, retornen y al maestro  
tormento dan. La impávida justicia  
hacer que apuren nuestros propios labios  
de nuestro propio cáliz el veneno.  
Le debo doble fe. Primeramente  
soy su deudo y vasallo, dos motivos  
poderosos, después, cual huésped, debo  
de su asesino defender las puertas,  
y no empuñar yo mismo la cuchilla.  
Además, este Duncan tan humilde  
fue en el poder, tan justo en el gobierno,

que sus virtudes, ángeles alados,  
publicarán con penetrantes voces  
la maldición del bárbaro asesino.  
La compasión, recién nacido infante,  
cual querubín desnudo, cabalgando  
del aire en los corceles invisibles,  
a todos narrará la horrenda hazaña,  
y acallarán las gentes con su lloro  
al fiero vendaval. Me aguijonea  
sólo ambición de alzarme hasta la cima,  
y me estrello, al saltar, al lado opuesto.<sup>4</sup>

Casi por las mismas fechas de las traducciones de Macpherson otro traductor español como Jaime Clark (1844-1875) solo alcanzó, por desgracia, debido a su temprana muerte a los 31 años, a traducir tan solo diez dramas entre comedias y tragedias realizadas en un verso más flexible e inspirado que el de Macpherson. No se encuentra en sus versiones, lamentablemente, *La tragedia de Macbeth*. A ambos traductores españoles los hermana, sin embargo, el haber empleado en forma sistemática el endecasílabo como el verso castellano más propicio para verter los pentámetros yámbicos, ganando y perdiendo en el número de versos empleado, conforme avanza la traducción, tal como enseñaba don Alfonso Reyes cuando vertió la *Iliada* de Homero.

A pesar de que se realizaron varias versiones de la tragedia de Shakespeare entre 1880 y 1919, la mayor parte se trató de adaptaciones escénicas con excepción de la llevada a cabo por Guillermo Jüneman (1855-1938), escritor y sacerdote chileno, autor de algunas obras interesantes, pero realizada en versos duros y muy poco inspirados. Publicada en 1910, esta versión de *Macbeth*, también en versos endecasílabos, ha pasado desapercibida por encontrarse en una selección de textos provenientes de varias literaturas traducidas exclusivamente por Jüneman: *Antología universal de los mayores genios literarios*. Léase este breve soliloquio de Macbeth luego del asesinato de Duncan:

¡Qué golpear!  
¿En qué he venido  
yo a parar,  
que me estremece todo el ruido?  
¡Qué manos! ¡Ah, los ojos ellas sácanme!  
¿Lava el océano del gran Neptuno  
la sangre acaso de mi palma?

---

<sup>4</sup> Al final de este trabajo pueden encontrarse las fichas bibliográficas correspondientes de las catorce traducciones comentadas.

No; antes bien ella tornaría rojos  
los innúmeros mares, hasta ser  
su verdor una púrpura doquier.

Por tal motivo, destaca el *Macbeth* (1919) del escritor y político español Magín Morera y Galicia (1853-1927), cuya obra poética original fue escrita en lengua catalana. Publicada en la colección Palma de la Editorial Estrella que dirigía Gregorio Martínez Sierra, la edición de *Macbeth*, en octavo menor, con interesantes ilustraciones de Fontanals, se realizó en endecasílabos y puede decirse de ella que es fiel y correcta y elaborada con un buen entendimiento del inglés. En el momento de su publicación puede afirmarse que se trataba de la mejor versión de la tragedia de Shakespeare a la fecha, realizada en lengua castellana. En realidad, lo era por falta de versiones más inspiradas. Léase el primer soliloquio de Lady Macbeth que ya vimos en la versión de Macpherson:

Hasta el cuervo  
enronquece graznando que se acerca  
a estos muros Duncán. ¡Venid, espíritus  
que sabéis penetrar lo que pensamos:  
borradme el sexo y espesad mi sangre:  
llenadme de los pies a la cabeza  
de humor de crueldad que cierre el paso  
a toda compasión que se interponga  
entre el acto cruel y mi propósito!...  
¡Espíritus del crimen: donde quiera  
que os halléis, invisibles, espiando  
maldades de los hombres, acercaos  
hasta este pecho de hembra y cambiadme  
la leche en hiel! Desciende, horrible noche,  
envuelta en humaredas infernales,  
a fin de que no vea mi cuchillo  
la herida que ha de abrir, y no taladre  
ni una chispa de cielo el manto negro,  
para gritar: «¡Detente!»

Para la siguiente traducción de *La tragedia de Macbeth*, tenemos que trasladarnos a Sudamérica pocos años después pues proviene de un escritor y diplomático mexicano, Juan F. Urquidi (1881-1938), quien la comenzó en Inglaterra pero solo la concluyó en Bogotá en 1927, donde se publicó ese mismo año. Hay que decirlo sin ambages, la traducción es magnífica pero el traductor tuvo la humildad de subtítularla, sencillamente, como una «versión métrica». Urquidi entrega una gran traducción de la que ahora solo podemos criticar sus notas en las que sigue la crítica del momento que lo

indujo a desplazar algunas escenas como apéndice, siguiendo la teoría de los críticos shakespearianos que E. K. Chambers llamó, con buen tino, los «desintegradores», los cuales veían por todos lados, con razón o sin ella, colaboradores en la escritura de los dramas de Shakespeare o simplemente otras autorías. Urquidi utiliza para su versión el verso endecasílabo con gran solvencia y solidez. Véase el primer soliloquio de Macbeth:

Quedara consumado al consumarse,  
fuera bien consumarlo sin demora.  
Si en sus redes pudiera el homicidio  
aprisionar también las consecuencias  
y, con su fin, el éxito atrapar,  
si un solo golpe terminara todo,  
aquí, sobre este médano del tiempo,  
arriesgara la vida por venir.  
Pero estos actos tienen su castigo  
aquí mismo en el mundo, de tal suerte,  
que la lección de sangre que enseñamos  
se vuelve —ya aprendida— contra el mismo  
que la enseñó; y la imparcial justicia  
a nuestros propios labios, el veneno  
vuelve de nuestro cáliz a ofrecer.  
Duncan goza de doble salvaguardia:  
primero, soy su deudo y su vasallo,  
razones poderosas que me obligan;  
y después, soy su huésped, que debiera  
atrancarle la puerta al asesino,  
y no él mismo la daga levantar.  
Además, este Duncan ha ejercido  
con tanta mansedumbre sus poderes,  
ha sido en sus funciones tan buen rey,  
que sus virtudes —como serafines—  
denunciarán con voces de trompeta  
el sacrilegio de su ejecución;  
y la piedad, como un querub del cielo,  
jinete en los caballos invisibles  
del aire, insuflará en cada pupila  
el acto horrible, hasta que el viento quede  
ahogado en lágrimas. No tengo espuela  
que agujonee los flancos de mi intento,  
sino sólo ambición — como un acróbata  
que da un salto mortal y cae montado  
sobre el caballo.

Después de esta magistral versión de la tragedia, se impuso una nueva pausa hasta la versión en verso del poeta y dramaturgo español José Méndez Herrera (1906-1986), quien era conocido como el traductor principal de las *Obras completas de Charles Dickens* para la editorial Aguilar. José Méndez Herrera tradujo en verso algunas de las comedias y tragedias de Shakespeare, publicadas luego en varios tomitos de la popular colección *Crisol* de esta editorial.<sup>5</sup>

Es, pues, en su momento, una laboriosa y solitaria tentativa de traducir la obra de Shakespeare en verso endecasílabo que merece ser reconocida y en la que parece reafirmarse la traducción de los dramas de Shakespeare en el verso aclimatado desde Juan Boscán y Garcilaso de la Vega como el metro por antonomasia de la poesía de lengua castellana. Conjeturo que la Editorial Aguilar tenía pensado reemplazar la difundida traducción en prosa de Luis Astrana Marín que venía monopolizando en España las traducciones de la obra de Shakespeare desde la década del veinte y que, como se sabe, es verbosa y amplificadora. Las traducciones de José Méndez Herrera constituyen en el siglo veinte uno de los conjuntos más interesantes de los dramas de Shakespeare por su buena inteligencia del texto inglés y por su correcta versificación realizada en versos endecasílabos que se leen sin esfuerzo. Gracias a ello las versiones de José Méndez Herrera tuvieron una gran circulación en el mundo hispánico.

Poco después de una década la siguiente versión de *La tragedia de Macbeth* (1973) se debe al poeta y profesor universitario costarricense José Basileo Acuña (1897-1992), pero, aunque ha sido estudiada académicamente en su país, es muy poco conocida por tratarse de una edición mimeografiada para uso de sus alumnos. Se trata de una muy buena traducción realizada en verso blanco endecasílabo que se recomienda por su fidelidad y buena inteligencia del original inglés. Basileo Acuña manejaba muy bien la composición del verso endecasílabo gracias no solo a su condición de poeta sino también a sus traducciones publicadas anteriormente de la poesía lírica del bardo inglés. Aparentemente, fue luego de terminar estas estupendas versiones cuando acometió la de varios de sus dramas, comenzando por uno de los más deslumbrantes: *La tragedia de Macbeth*.

Las traducciones de los poemas de Shakespeare del poeta costarricense José Basileo Acuña son muy estimables. Realizó versiones rimadas de *Venus y Adonis* (1966) y de los *Sonetos* (1968). En forma póstuma editamos en Lima

---

<sup>5</sup> Las traducciones fueron: *Hamlet*, *Macbeth* (1960), *Otelo*, *El mercader de Venecia* (1962), *Cuento de invierno*, *La tempestad* (1962) y *Romeo y Julieta*. *Los dos hidalgos de Verona* (1964) en los tomitos de la Colección *Crisol* de la Editorial Aguilar. A ellas debe sumarse la versión de *Coriolano* publicada en la revista *Primer Acto* n.º 53, Madrid, junio de 1964, pp. 21-73, y, posteriormente, los *Sonetos* (1976) en la editorial Plaza y Janés.

en la colección *El Manantial Oculto* la versión rimada de los *Poemas y Sonetos* (1999) que contenía toda la obra poética completa de Shakespeare con excepción de *La violación de Lucrecia* de la cual dejó tan solo un fragmento del comienzo.<sup>6</sup> De la obra dramática destacamos, además de *Macbeth*, ya citada, *La comedia de las equivocaciones* (1975) (esta última en verso endecasílabo en la copia inédita que poseo, pero editada, inexplicablemente, como si se tratara de prosa) y *Troilo y Crésida* (1980); también tradujo en prosa *La tragedia de Coriolano* (1973) [edición mimeografiada] y *El rey Lear* (1978).

En el caso de Idea Vilariño (1920-2009) se trata de una reconocida poeta uruguaya que complementó su escritura poética con traducciones del francés y del inglés. Realizó múltiples versiones de los dramas de William Shakespeare que fueron representados entre los años setenta y noventa en los escenarios de una ciudad culta como Montevideo. Posteriormente, fueron publicadas en versiones completas en Montevideo y Buenos Aires. La primera de ellas se trata de una versión de *Hamlet* (1964; 1974) publicada en Montevideo; la segunda edición corregida, 1998, apareció en Buenos Aires. Sus otras traducciones de los dramas aparecieron, en gran parte, en los tomos sueltos de las obras de William Shakespeare de la Editorial Losada: *Macbeth* (1995); *Sueño de una noche de verano* (1997); *La tempestad* (1999); *Medida por medida* (2000); *El rey Lear* (2003) y *Julio César* (2004). Esta tarea se complementó con la traducción parcial y publicada por partes, utilizada para sus clases en ediciones mimeografiadas, de *La tragedia shakespiriana* de A. C. Bradley, libro clásico sobre las tragedias del dramaturgo publicado por vez primera en 1904. Por mi parte, me tocó publicar en Lima, en forma póstuma, su hermosa adaptación de *Antonio y Cleopatra* (2016) que fue una de las primeras que elaboró Idea Vilariño, en la colección *La Fuente Escondida* que dirijo hasta la fecha.

No es hipérbole afirmar que las versiones de los dramas de William Shakespeare por Idea Vilariño son las mejores del gran poeta realizadas en la segunda mitad del siglo veinte. Como otros traductores precedentes la traductora escogió el canónico verso endecasílabo. Idea Vilariño asume su tarea con conocimiento y destreza en el manejo del endecasílabo en verso blanco, en versiones ejemplares asumidas no solo para su representación escénica sino como verdaderas obras poéticas que también pueden leerse con gran placer. Así, estas versiones de los dramas de Shakespeare poseen esa calidad superior que las convierte en verdaderas joyas de la traducción. Su *Macbeth*, pues, para resumir mi comentario, es una traducción espléndida.

---

<sup>6</sup> William Shakespeare. *Poemas y sonetos*. Traducción de José Basileo Acuña. Prólogo de Óscar Montanaro. Lima, El Manantial Oculto, 1999.

Hay que trasladarse nuevamente a España para la siguiente traducción de esta tragedia. El conocido helenista Agustín García Calvo (1926-2012) tradujo no solo *La tragedia de Macbeth* (1980) sino también la comedia *Sueño de una noche de verano* (1980) que venía precedida por su versión completa de los sonetos de Shakespeare con el título de *Sonetos de amor* (1974). Agustín García Calvo, además de su propia obra creativa (poesía, ensayo, drama, novela), se caracteriza por haber acometido grandes empresas en los predios de la traducción. Debido a su cantidad, cito solamente algunas de sus principales versiones poéticas: Plauto: *Pséudolo o Trompicón* (1971); Virgilio: *Bucólicas* (1976); Aristófanes: *Los carboneros* (1981); Sófocles: *Edipo rey* (1982); *Poesía antigua (de Homero a Horacio)* (1992); Homero: *Ilíada* (1995); Lucrecio: *De la realidad* (1997) y Esquilo: *Los Persas* (2010). Omito sus traducciones en prosa, pero, hay que decirlo, se trata de una obra vasta, fecunda y ambiciosa, aunque algunas veces con principios muy arbitrarios, como en el caso de la *Ilíada*.

En *La tragedia de Macbeth* (1980) la innovación de García Calvo radica en que esta traducción, llamada versión rítmica, abandona el metro regular. El principio rítmico que declara García Calvo en su presentación es un tanto difuso:

Así como apenas puede esperarse que la simple lectura entienda debidamente la virtud del ritmo de estos versos por los que discurre lo más del drama (un ritmo que, siguiendo en lo principal la tradición del verso inglés, pero con alteraciones que mi propia tradición me ha venido deparando, trata de dar, sin ajustarse a esquemas silábicos literarios, lo justo de medida y compás para hacer palpar la voz del comediante y alejarla del desmayo de la prosa), virtud que sólo también la recitación por actores bien articulados y sonoros podría poner a prueba, técnicos y enamorados de la voz, de las ondas y vibraciones temporales, en contra de la vergonzante reproducción del habla natural que el imperio de la Literatura (y de su prolongación, el cinematógrafo) impone de ordinario a los comediantes de nuestros tiempos.

En cambio, en la presentación de *Sueño de una noche de verano*, que se publicó antes del *Macbeth*, García Calvo fue más claro, pero siempre verboso:

Confío en que los bravos y sensitivos comediantes del grupo *Agón*, que han llamado en su ayuda la pericia shakespiriana de D. Perry y me han hecho correr y rematar para ellos esta traducción, sepan hacer sentir al público debidamente esos juegos de contrastes y de ritmo de la acción dramática, así como también en su recitado el ritmo de los versos. Pues ello es que esta versión (como la del *Macbeth*, que *Lucina* hará aparecer en breve), hecha en el ritmo yámbico habitual del verso inglés (sólo que alargando a seis los cinco pies del verso, y haciendo a veces pies de tres en vez de dos sílabas; en algunos pasajes rimados en inglés se ha prescindido de la rima) para las escenas habladas de

los señores, en contraste con la prosa coloquial de los artesanos, y alternando para las hadas con algunas canciones de otro ritmo y con el trocaico de los ensalmos y otros parlamentos, más ciertos otros juegos en la recitación del *Píramo y Tisbe*, confía en haber hecho, dentro de lo imposible de una versión de lengua a lengua, y como toda métrica arrastra su retórica consigo, hablar al castellano en el tono más shakespiriano que se puede.

En el caso de *La tragedia de Macbeth* se trata de una versión fiel pero apagada, seguramente, por una libertad métrica que no parece responder a patrones claros, cuando hablamos del verso acentual o, cuando menos, a lograr lo que intentaba. Véase por ejemplo la traducción del memorable soliloquio en que Macbeth se contempla las manos llenas de sangre:

¿De dónde esos golpes?  
¿Qué pasa en mí que así me espanta todo ruido?  
¿Qué manos hay ahí? ¡Ah, me sacan los ojos!  
¿Hará el piélagos entero de Neptuno limpia  
mi mano de esta sangre? No: más bien mi mano  
la mar innumerable empurpurecerá  
trocando el verde en rojo.

La laxitud de los versos sencillamente echa a perder toda la poesía e intensidad que posee este fragmento de una escena capital de la tragedia. De igual forma, la lectura completa de esta versión se siente un tanto fofa y desangelada y, lo que pudiera haber sido una innovación en la traducción, no solo para esta tragedia sino también para todas las versiones de las tragedias y comedias de Shakespeare al castellano en general, como lo es el uso de la métrica acentual, nos inclina a lamentar el intento de una versión poéticamente débil que adapta acentualmente a Shakespeare sin ningún otro logro adicional respecto de la poesía.

En Argentina, un lustro después, el dramaturgo y traductor José María Coco Ferraris, ampliamente conocido por sus versiones del teatro griego y alemán, publicó su versión de *La tragedia de Macbeth* (1985) acompañada de *La tragedia de Coriolano*. Posteriormente, tradujo *Ricardo II* y *Ricardo III* (1986) y, finalmente, realizó una adaptación de *El cuento de invierno* (2002), último de sus trabajos sobre Shakespeare que conozco.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Entre las muchas otras traducciones en verso realizadas por José María Coco Ferraris hay que destacar las siguientes: de Heinrich von Kleist: *El príncipe de Hamburgo* (1954), *Pentesilea*. *Anfitrión*. *El príncipe de Hamburgo* (1988), *Catalina de Heilbronn*. *La batalla de Arminio* (1993); de Friedrich Schiller: *María Estuardo* (1988); de Esquilo, Sófocles, Eurípides: *Los persas*, *Los siete contra Tebas*. *Electra*. *Hipólito*. *El Cíclope* (1990); Esquilo: *La Orestía: Agamenón - Las Coéforas - Las Euménides*. *Prometeo Encadenado* (1995) y Eurípides: *Las Bacantes* (2001). Una tarea admirable que hay que destacar no solo por su amplitud sino también, y sobre todo, por su logro poético.

La versión de José María Coco Ferraris, como tantas precedentes, está realizada en verso endecasílabo. Por lo demás, para todas sus traducciones, este dramaturgo ha utilizado siempre este verso. El poeta, que desde su traducción inicial de *El príncipe de Hamburgo* (1954) usó el endecasílabo, parece haberlo considerado el más apto para las representaciones teatrales de las traducciones que realizó posteriormente. La de *La tragedia de Macbeth* se trata de una traducción bien hecha en la que la experiencia del dramaturgo-traductor se muestra en uno de los mejores momentos de su larga carrera de traducción para el escenario.

Un año después se publicaba en México la traducción de *Macbeth* del novelista costarricense Joaquín Gutiérrez (1918-2000) que venía precedida por otras tragedias de Shakespeare traducidas por él, *El rey Lear* (1981) y *Hamlet* (1982), que fueron recogidas en el tomo cuarto de sus *Obras completas*.<sup>8</sup> A ellas hay que agregar *La tragedia de Julio César* (1994) publicada unos años después.<sup>9</sup> Las versiones de las tragedias shakespearianas traducidas por Joaquín Gutiérrez poseen una gran flexibilidad no solo por el uso del endecasílabo sino también del heptasílabo y el alejandrino. Las versiones de Joaquín Gutiérrez son muy felices y se leen con placer, lo que es mucho decir, aunque pudiera censurársele haber buscado, precisamente, el vehículo del metro múltiple que facilita grandemente la labor de traducción.

Entre estas últimas versiones bien hechas de *Macbeth* (1988) hay que sumar la realizada por el dramaturgo colombiano Jorge Plata quien también ha traducido *El rey Lear* (1997). La novedad que aporta la traducción de Jorge Plata radica en haberla realizado en versos alejandrinos. De esta forma se puede mantener el mismo número de versos del original gracias a la elección de un verso más holgado que el endecasílabo de la mayoría de las versiones existentes. Por lo demás, esta traducción de *La tragedia de Macbeth*, hasta donde se me alcanza, es la primera realizada en este tipo de verso. Solo muy pocas veces se percibe en su versión el relleno del verso necesario para alcanzar el metro, pero la separación de los hemistiquios de los alejandrinos, mediante una cesura regular, está muy bien trabajada y fluye con naturalidad, y así debe haber sonado en su escenificación en 1985 en el Teatro Libre de Bogotá. La traducción de Jorge Plata cumple, pues, con los requisitos de una buena traducción: fidelidad para con el texto original y belleza poética de la versión gracias al ritmo de sus versos. Pueden apreciarse los versos del soliloquio de Macbeth al momento de la muerte de su esposa del Acto V, escena v:

Debió morir después. Hubiera habido tiempo  
mejor para escuchar una palabra así.

<sup>8</sup> *Obras completas IV*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1989; *Macbeth* se encuentra entre las pp. 239-328 [Contiene: *Hamlet*, *El rey Lear* y *Macbeth*.]

<sup>9</sup> *Julio César*. San José, Ediciones de la Universidad de Costa Rica, 1994.

El mañana, el mañana y el mañana, con pasos  
pequeños, sigilosos, de día en día avanza  
en busca de la sílaba final con que termina  
el registro del tiempo que se nos ha otorgado.  
Y todo nuestro «ayer» iluminó a los necios  
la senda que condujo al polvo de la muerte.  
Fugaz antorcha, ¡extinguete! ¡Extinguete al instante!  
La vida sólo es sombra que pasa y se disuelve;  
un pobre actor que grita y orgullos presume  
durante escaso tiempo, no más, sobre la escena,  
para después jamás volver a ser oído;  
es un cuento contado por un idiota, lleno  
de sonido y de furia, que nada significa.

Hay que trasladarse nuevamente a España para la siguiente versión de *La tragedia de Macbeth* (2005) del poeta y crítico español Enrique Moreno Castillo (1947) realizada para la colección de la Biblioteca Universal Gredos. La traducción de Moreno Castillo venía precedida por la de *El rey Lear* (2001). Moreno Castillo, pues, ha vertido dos de las más grandes tragedias de Shakespeare y lo ha hecho en buenos versos endecasílabos blancos. Para las partes líricas utiliza, por lo general, las redondillas, menos notorias en *Macbeth* que en *El rey Lear*. Se trata de un lunar no pequeño en su versión de *El rey Lear* porque Shakespeare no puede sonar jamás como Calderón de la Barca a riesgo de ser desfigurado mediante un sonsonete inadecuado. La lectura de estas versiones es muy agradable, no solo por el buen verso en que está realizada sino también porque destaca poéticamente cuando traduce las imágenes del poeta inglés en su *Macbeth*, una tragedia colmada de honda poesía.

Finalmente, el *Macbeth* (2015) traducido por Luis Alberto de Cuenca y José Fernández Bueno se publicó con sugerentes ilustraciones de Raúl Arias en una magnífica edición. Luis Alberto de Cuenca (1950) es un reconocido poeta español que ha vertido al castellano poesía griega y novelas francesas medievales. Sin embargo, últimamente ha traducido los poemas narrativos *La víspera de Santa Inés* (2010) y *Lamia* (2013) de John Keats, también con el concurso de José Fernández Bueno. La fiel versión de *Macbeth* que ofrecen estos dos traductores está realizada en versos alejandrinos a los que muchas veces se suman endecasílabos. Los versos, de este modo, fluyen con gran flexibilidad. Su representación escénica debe también ser muy apta al momento de la declamación. Las versiones al castellano de *La tragedia de Macbeth* se cierran, por el momento, con una buena traducción impresa, además, repito, en una hermosa edición.

Podemos concluir que en las versiones castellanas de *The Tragedy of Macbeth* es notoria la utilización del verso endecasílabo casi en forma canónica. Las realizadas en versos alejandrinos se encuentran en franca minoría

porque han comenzado hace poco y la única que ha intentado copiar en castellano el patrón del pentámetro yámbico del original ha resultado un producto fallido. Existe siempre un misterio en el transvase de una lengua a otra que depende de la habilidad y la inspiración del poeta-traductor para recrear en castellano una versión que sea digna del original en la que, no debe olvidarse, se traducen no solo palabras sino también imágenes. La elección del verso, en primer lugar, es de importancia capital, pero, asimismo, lo es la calidad que este verso posea en nuestra lengua. Se trata, pues, de una conjunción del verso escogido en su confección y la capacidad del poeta-traductor para resaltar la poesía que contiene el original en una unidad indiscernible. Es decir, que pueda sintonizar de alguna forma con el original. Conjeturo que estas últimas afirmaciones pueden explicar la realización de grandes traducciones poéticas si se asumen con rigor, desprendimiento e inspiración.

### **Traducciones en verso de *The Tragedy of Macbeth***

*Macbeth*. Drama histórico en cinco actos compuesto en inglés por William Shakespeare y traducido directamente al castellano por Don José García de Villalta. Madrid, Imprenta de Don José María Repullés, 1838. [Existe una edición moderna en *Macbeth en España*. Edición y estudio: Keith Gregor y Luis Ángel Pujante. Murcia, Universidad de Murcia, 2011, pp. 223-376].

William Shakespeare. *Macbeth*. Versión al castellano de Guillermo Macpherson. Madrid, Fortanet, 1880. [Existen múltiples reproducciones en la colección de las obras de Shakespeare en la Biblioteca Clásica en Madrid y luego en las de la Editorial Sopena de Buenos Aires].

William Shakespeare. *Macbeth*. Guillermo Junnemann. En su *Antología universal de los mayores genios literarios*. Friburgo de Brisgovia, B. Herder Librero-Editor, 1910, pp. 496-525.

William Shakespeare. *Macbeth*. Tragedia en cinco actos. Traducción de M. Morera y Galicia. Ilustraciones de Fontanals. Madrid, Editorial Estrella, 1919.

William Shakespeare. *La tragedia de Macbeth*. Versión métrica del original por Juan F. Urquidi. Bogotá, Imprenta Renacimiento, 1927. [Existe una segunda edición: México, Arte y Libros, 1978].

William Shakespeare. *Hamlet Príncipe de Dinamarca. Macbeth*. Traducción directa del inglés, prólogo y notas por José Méndez Herrera. Madrid, Aguilar, 1960.

William Shakespeare. *Macbeth*. Traducido por el profesor José Basileo Acuña. San José, Universidad de Costa Rica, 1973. [Edición mimeografiada].

William Shakespeare. *Macbeth*. Versión rítmica de A. García Calvo. Madrid, Lucina, 1980.

- William Shakespeare. *Macbeth. Coriolano*. Traducción de José María Coco Ferraris. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1985.
- William Shakespeare. *Macbeth*. Traducción en verso y prólogo de Joaquín Gutiérrez. México, Editores Mexicanos Unidos, 1986. [Reproducida en el tomo IV de sus *Obras completas*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1989, pp. 239-328].
- William Shakespeare. *Macbeth*. Introducción, notas y traducción de Idea Vilariño. Buenos Aires, Editorial Losada, 1995.
- William Shakespeare. *Macbeth*. Traducción de Jorge Plata. Bogotá, El Áncora Ediciones, 1988.
- William Shakespeare. *Macbeth*. Introducción, traducción y notas de Enrique Moreno Castillo. Madrid, Editorial Gredos, 2005.
- William Shakespeare. *Macbeth*. Ilustraciones de Raúl Arias. Traducción y prólogo de Luis Alberto de Cuenca y José Fernández Bueno. Madrid, Reino de Cordelia, 2015.